CHITON!

DRAMA HISTORICO-NOVELESCO,

EN DOS ACTOS,

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCÉS

POR

A. de Covert-Spring;

y M. Gonzalez.

Foncuberta

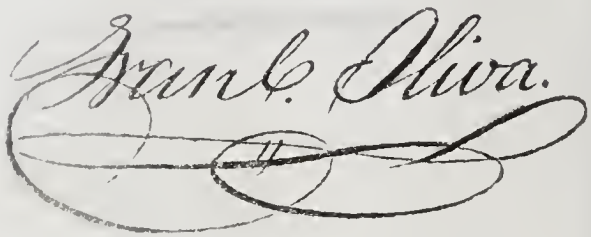
Barcelona.

IMPRENTA DE **OLIVA**, EN LA PLATERIA.

1836.

CHITON!

Esta pieza es propiedad del Editor, y todos los ejemplares irán firmados y rubricados por él mismo.



CHITON!

DRAMA HISTORICO-NOVELESCO,

EN DOS ACTOS,

TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCÉS

POR

A. de Covert-Spring;

y M. Gonzalez.

Barcelona.

IMPRENTA DE **OLIVA**, EN LA PLATERIA.

1836.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/chitondramahistr00cove

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

ACTO I.

La entrevista.

863.3
T553
v.11

721627

ACTO PRIMERO.

LA ENTREVISTA.

La escena en un jardin imperial de S. Petersburgo.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL PRINCIPE POTEMKIN. .	SR. ALCARAZ.
LA CONDESA BRANISKA, su sobrina.	SRA. DIEZ.
RIELOF, tesorero de palacio.	SR. VALERO.
ALEJANDRA, esposa de RIELOF.	SRA. CAÑETE.
LADISLAO, oficial polaco. .	SR. IBAÑEZ.
UN MAYORDOMO. . . .	SR. CARAVAJAL.

ACTO II.

LA CAMPANA.

La escena pasa en el palacio de Potemkin.

LA CONDESA BRANISKA. .	SRA. DIEZ.
LADISLAO.	SR. IBAÑEZ.
POTEMKIN.	SR. ALCARAZ.
ALEJANDRA. . , . . .	SRA. CAÑETE.
RIELOF.	SR. VALERO.
Un oficial.	
Un criado.	
Otro que no habla.	
Dos oficiales.	

EL EDITOR.

La presente pieza nos ha parecido muy digna de ocupar un lugar entre las mas interesantes por su argumento y sencillez, lo que nos ha movido à adicionarla à la edicion de algunos dramas de mérito que están imprimiéndose en un tamaño hermoso, reducido y cómodo. Lo mismo que *Napoleon lo manda,* que hemos publicado antes, puede este drama ser representado con todo el efecto y mucha facilidad en los teatros particulares, pues el corto número de personajes y sencillo aparato teatral que exige, son cualidades muy apetecibles para los aficionados al arte cómico. A esto debemos añadir que ha sido muy bien recibido por el público de Barcelona cuantas veces se ha representado, del mismo modo que se aplaudió su representacion en los coliseos de Francia: todo lo que contribuye poderosamente á la reputacion de este drama.

RBC Ltd

CHITON!

ACTO I.

ESCENA I.

LADISLAO; POTEMKIN, CON TRAJE DE INCOGNITO.

LADISLAO, *al levantarse el telon se pasea con impaciencia.*

Nadie parece aun en los jardines imperiales de San Petersburgo..... nadie, sino este estafermo, que es lo mismo que nadie, porque no ve ni dice nada...

(Vuelve á pasearse.)

POTEMKIN, *se pasea lentamente con los brazos cruzados, y al parecer se halla abismado en profundas reflexiones.*

Sí... no hay duda, ese es el camino de Constantinopla... y llegarémos allá.

(Vuelve á pasearse mudando de direccion, y se encuentra con Ladislao.)

LADISLAO.

Perdonad, caballero, qué hora es?

POTEMKIN, *sorprendido, se para y le mira de hito en hito.*

Las nueve!

(Vuelve á pasearse.)

LADISLAO.

Parece que no es amigo de hablar... muy mal hecho... No hay nada como un poco de charla cuando uno espera... y, si no me engaño, aguarda como yo..... (*En este momento Potemkin, que habrá dado una vuelta, se halla junto á él.*) Podriais decirme, caballero, á qué hora se levanta el príncipe Potemkin?

POTEMKIN.

Qué sé yo! Nadie lo sabe..... muchas veces ni siquiera se acuesta.

LADISLAO.

Verdad es : los ambiciosos no duermen... Y aun cuando en este momento sea Potemkin de hecho emperador de todas las Rusias... es un pobre hombre, á quien compadezco de veras. Le conoceis, caballero?

POTEMKIN.

Sí señor ; y vos ?

LADISLAO.

Nunca he estado en San Petersburgo... llego ahora mismo de Varsovia... me llamo Ladislao, alférez de guardias..... El rey augusto Poniatowski, nuestro soberano, me ha concedido tres meses de licencia... y para tomar el aire he venido á pie paseando hasta San Petersburgo...

POTEMKIN.

A pie ?

LADISLAO.

Mis facultades no me permiten otro coche... No soy mas que un pobre oficial de infantería con dos mil rublos de paga, y con los mil y quinientos que me

mandan de mi casa apenas puedo vivir, porque tengo...

POTEMKIN.

Qué teneis?

LADISLAO.

Muchas deudas... como todos..... No veis que soy oficial? Pero por eso no dejo de viajar como un príncipe... Por el camino hago mil castillos en el aire... sueño que soy general... duque... soberano; que tengo en la mano todos los tesoros de la Rusia... que ajusto las cuentas á cincuenta intendentes, y no me dispierto hasta que tengo que pagar la del mesonero.

POTEMKIN.

Entiendo..... vendréis á buscar fortuna?....

LADISLAO.

Nada de eso: no soy interesado ni ambicioso; como Potemkin... ó si quereis lo soy muchísimo mas; porque el objeto á que aspiro, el bien que me prometo al-

canzar, en una palabra, la idea fija que me domina... es la muger mas amable y mas hermosa de palacio... ni mas ni menos.

POTEMKIN, *vivamente.*

Será Catalina!

LADISLAO.

Qué disparate!.... Esa no es mas que emperatriz, y la otra es un ángel!.. una hechicera que me tiene perdido; y eso que solo la he visto dos veces en mi vida... en los bailes del rey en Varsovia cuando ella fué á Polonia...

POTEMKIN. *aparte.*

Qué hablador! (*En alta voz*) Y bailasteis con ella?

LADISLAO.

No solo una contradanza, sino un vals... concebís toda la estension de esta palabra?.. Si fuese mi muger ya no valsaria con nadie!.. Por eso no sé como no perdí la cabeza.

POTEMKIN.

Algo de eso hay.

LADISLAO.

Aun es nada... Ojalá hubiese nacido esa muger en una clase oscura! ojalá fuese pobre, pues aunque noble y caballero me casaria con ella inmediatamente. Pero ved cual seria mi desesperacion cuando supe que esa muger tan jóven y hermosa era una gran señora: qué injusticia! qué necesidad tenia ella de serlo?.. Se me heló la sangre en las venas cuando me dijeron: Es la señora mas ilustre de la corte de Rusia... en una palabra, la sobrina del príncipe Potemkin.

POTEMKIN, *con viveza.*

La condesa Braniska?....

LADISLAO.

Sí, querido amigo!.. su sobrina... su única heredera... y, mucho mas que eso, una muger muy virtuosa, de principios sumamente rígidos, cosa muy rara en la corte de Catalina... de modo que cuando

pienso en las dificultades que tendré que vencer...

POTEMKIN.

Pues qué, con formalidad, pensais en ello..?

LADISLAO.

Si no pienso en otra cosa...

POTEMKIN.

Preveo que tendréis que renunciar...

LADISLAO.

No lo creais... cuando tenemos una vocacion declarada... cuando ni el tiempo, ni los obstáculos nos detienen... no hay medio... ó morir, ó salirnos con la nuestra.

POTEMKIN.

Peró en fin teneis alguna esperanza?

LADISLAO.

Seguro que la tengo; pero no lo digo, pues siempre saltan con que soy un hablador, y eso es una calumnia... Dicen que los Polacos son los franceses del norte... qué disparate!.. Os preguntaré solamente si conoceis al baron de Rielof.

POTEMKIN.

El tesorero de palacio?

LADISLAO.

Me he acordado que es un pariente lejano... es servicial?

POTEMKIN.

Cuando no le necesitan, mucho!

LADISLAO.

No le hace..... como que solo le pido que me presente al príncipe como secretario, subsecretario... ó lo que se le antoje... Paga, no pido ninguna... lo que quiero es estar en su casa, porque vive con su sobrina en el mismo palacio... estais?.. Por eso apenas era de dia cuando ya me hallaba yo en su casa, pero aun no habian abierto.

POTEMKIN.

Volved mas tarde.

LADISLAO.

Eso pienso hacer, pero me han dicho que iba á palacio por la mañana; y como ha de pasar por aquí, le estoy aguar-

dando, y acá en mi cabeza preparo una escena de sorpresa y reconocimiento..... bien que como nunca le he visto me espongo á que mi sensibilidad se equivoque tomando por mi primo al primero que venga.

POTEMKIN.

Callad... (*mirando hácia dentro*) por esta vez á lo menos no temais que suceda eso, pues ahí teneis al baron de Rielof con su muger Alejandra.

LADISLAO, *mirando por el mismo lado.*

Mi prima!.. Cuantas gracias tengo que laros!.. y aunque no tengo el honor de onoceros, si alguna vez puedo seros til...

POTEMKIN.

Gracias, amigo... yo me alegro infiito de haberos encontrado.

ESCENA II.

RIELOF, ALEJANDRA, LADISLAO.

ALEJANDRA.

Sí señor: una camarista de la empera-

triz tiene mas crédito de lo que creeis, y si quisieseis ayudarme..... pero todo os asusta...

RIELOF.

Yo trato de estar bien con todos.

ALEJANDRA.

Unico medio de no estar bien con nadie... y sin embargo, si lográsemos echar abajo á Potemkin, seria cosa estupenda.

RIELOF.

Queréis callar?.... Por ahí veo á un hombre, y he sentido como un hielo por todas mis venas!.. un viento glacial!..

ALEJANDRA.

Un viento de Siberia?

RIELOF.

Como que ya se me figura que estoy en el camino.

LADISLAO, *saludando.*

No sé si tengo el gusto de hablar al señor baron de Rielof?.. pero, segun las noticias que me han dado, no hay duda que estoy viendo á su digna esposa.

ALEJANDRA.

Y porqué lo creeis así?

LADISLAO.

No es fácil engañarse... y como soy estranjero en esta corte brillante en que reina la belleza, no es estraño que trate de ponerme bajo su proteccion (*saca una carta*). Esta carta os dirá quien soy.

ALEJANDRA, *entrega la carta á su marido.*

Yo! no trato de averiguarlo, caballero ...vos mismo sois vuestra mejor recomendacion.... perdonad.... en este momento, mi obligacion me llama á palacio... permitidme que os deje con mi marido...

RIELOF, *que ha leido la carta.*

Vamos!... es otro primo!

ALEJANDRA.

Este á lo menos es muy interesante.

RIELOF.

Quereis apostar que tambien viene á pretender?

ALEJANDRA.

Pero ¿aun no sabemos lo que pide... y

tratad de complacerle, señor marido, de lo contrario lo tomaré á mi cargo... *(Rielof quiere insistir; Alejandra le dice:)* Nada, no oigo nada.

RIELOF.

Pero, señor, que coquetería es esa ?... ya está visto: todas se vuelven locas.

ALEJANDRA.

No veis que el ejemplo viene de arriba?

ESCENA III.

RIELOF y LADISLAO.

LADISLAO *aparte.*

Muy guapa y amable es mi prima, y si esto sigue así todo irá bien.

RIELOF.

Con que, primo, ya que mi muger así lo quiere... ya que venís á viajar por Rusia...

LADISLAO.

Sí, señor Baron... vengo á admirar...

RIELOF.

El momento no es muy á propósito...

un imperio nuevo ya agotado por su grandeza y por un lujo siempre en aumento... y, como suele suceder, nosotros, los particulares pagamos las prodigalidades y los festines de palacio... Solo los trajes de mi muger consumen todos los emolumentos de mi empleo... Os aseguro que casi estoy arruinado.

LADISLAO.

Es cosa que no temo me suceda, y si quereis os diré el secreto.

RIELOF.

Pero de veras, nada os hace falta?

LADISLAO.

Solo vuestra amistad.

RIELOF, *aparte.*

Qué fortuna! (*En alta voz*). Sin embargo, os ruego que creais, mi querido pariente, que á pesar de las difíciles circunstancias en que nos hallamos, mi bolsillo está á vuestra disposicion, y á la de toda mi familia.

LADISLAO.

Como el mio á la disposicion de mis amigos.

RIELOF, *aparte.*

Parece que no es dinero lo que pide. (*En alta voz.*) Gracias á Dios aun se encuentra dinero en la corte de Catalina... pero por ejemplo lo que no puede hallarse son empleos... todos están dados.

LADISLAO.

De veras?

RIELOF.

Todo lo han invadido los paniaguados de Potemkin.

LADISLAO.

Nada me importa.

RIELOF *aparte.*

Parece que tampoco es un empleo l
que pide... mi muger tenia razon..
es un primo muy interesante.... (E
alta voz.) Con todo, no os figurei
que no tengamos ninguna influencia.
La señora baronesa de Rielof es dama d
honor de la emperatriz; y yo mismo, c

mo tesorero de palacio, no dejo de estar en candelero.

LADISLAO, *alargándole la mano.*

Dadme la mano... eso es lo que buscaba.

RIELOF *aparte.*

Buena la hemos hecho!

LADISLAO.

Conoceis al príncipe Potemkin.

RIELOF.

Quien no le conoce!... El capricho mas raro de la fortuna en este siglo... de simple alférez de guardias...

LADISLAO.

Como yo!

RIELOF.

Ha llegado á ser... príncipe, primer ministro, generalísimo de todos los ejércitos rusos, gran hetman de los cosacos, gran almirante de las escuadras del mar Negro; del mar de Azof... qué sé yo?... sus títulos no caben en medio pliego.

LADISLAO.

Eso supone un mérito estraordinario.

RIELOF.

Os aseguro que no ha tenido mas que uno!

LADISLAO.

El de agradar á su soberana.

RIELOF.

No era eso lo mas difícil, sino mantenerse en su gracia, á pesar de los infinitos caprichos de la emperatriz.

LADISLAO.

Hola! con qué tiene caprichos?

RIELOF.

Silencio! querido primo... por mi mujer sé muchas cosas que debo ignorar so pena de ir á la Siberia... De dia en dia estamos aguardando la caida de Potemkin... pero nada de eso... la emperatriz á pesar de su gusto por las nuevas ideas...

LADISLAO.

No quiere abandonar las antiguas.

RIELOF.

Justamente.

LADISLAO.

Lo que sentís, segun lo que dijo vuestra esposa...

RIELOF.

Como! Qué es lo que dijo?...

LADISLAO.

Mil pestes contra Potemkin.

RIELOF.

Será posible! Qué imprudencia!

LADISLAO.

Nada temais.

RIELOF.

Y si alguno lo hubiese oido?... Cáspita!... yo que respeto al príncipe de Potemkin... que le quiero tanto...

(Inclinándose)

LADISLAO.

No veis que no está por ahí?

RIELOF.

Que quereis? la costumbre...

LADISLAO.

Y como iba diciendo, vengo á propone-

ros á vos y á mi prima un proyecto que no puede menos de conveniros... tratad de hacerme entrar en casa de Potemkin, como secretario, sin ningun sueldo... nada me importa, con tal que me vea en su palacio.

RIELOF.

No me parece mala la idea.. se lo diré á mi muger, pero su recomendacion será muy poco poderosa para con el príncipe; mas valdria buscar el influjo de la condesa Braniska, su sobrina.

LADISLAO.

La Condesa!

RIELOF.

Que no está muy bien con mi muger, aunque nadie lo diria al verlas.

LADISLAO.

Pero no podria interesarse por mí?... La condesa Braniska...

RIELOF.

Silencio!... Ella es!.. sale de la iglede S. Andrés... porque ya sabeis que nada hay que decir...

LADISLAO.

Ah! ya lo sé... como me late el corazon!

ESCENA IV.

LOS MISMOS, LA CONDESA CON DAMAS DE HONOR Y CRIADOS.

RIELOF.

Señora condesa, servidor vuestro.

LA CONDESA.

Buenos dias Rielof... me alegro mucho de encontraros, pues queria pedirá vuestra esposa una tarjeta para el baile de esta noche... Me han dicho que la emperatriz la ha encargado convidar....

RIELOF.

Sí señora.

LB CONDESA.

Es para uno de la embajada francesa.

RIELOF.

Tendré muchísima satisfaccion en daros gusto... Yo mismo os la llevaré.

LADISLAO, *dándole con el codo.*

Hombre! decidle algo.

RIELOF.

Y entre tanto... me atreveré á pediros un favor.

LA CONDESA.

En qué puedo seros útil?

RIELOF.

Quisiera presentaros á un pariente mio recomendándole á vuestra proteccion... Ladislao Radzinski, oficial polaco... es un jóven desconocido...

LA CONDESA.

No es desconocido... á mí ya me parece haber visto al señor, hace algun tiempo, en la corte del rey Augusto en Varsovia.

LADISLAO.

Como, señora! os dignais hacer memoria....

RIELOF.

No deja de tener algun mérito, y...

LA CONDESA.

Sin duda... En primer lugar baila divinamente el vals... talento muy raro, sobre todo aquí en S. Petersburgo.

RIELOF.

Verdad es... todavía me acuerdo del golpe que dió con el vals en los bailes de palacio el conde Poniatowski.

LADISLAO.

A lo menos yo deberé al vals una dicha suprema.

LA CONDESA.

Cual?

LADISLAO.

Un recuerdo vuestro, señora.

LA CONDESA.

Gracias por la lisonja; pero si no me engaño aquel baile os habrá dejado otros menos agradables... He oido hablar de un desafío... que, no sé con que motivo, tuvisteis al salir del baile; y aun creo que recibisteis una herida.

LADISLAO.

No me acuerdo, señora.

RIELOF.

Tiene poca memoria! pero en cambio tiene otros talentos de que puedo res-

ponder; y como en este momento solicita un empleo que depende de vos.

LA CONDESA.

De mí? Hablad.

RIELOF.

Desearia entrar como secretario en casa del príncipe Potemkin, vuestro tio.

LA CONDESA.

No es mas que esto?

LADISLAO.

Ah! no os parece demasiado atrevimiento, señora? Será posible! (*Saca un papel*) Esta solicitud...

LA CONDESA, *toma el papel.*

No creo que me lo niegue... Con qué, habeis dejado el servicio de Polonia?

LADISLAO.

Sí señora.

LA CONDESA.

Entonces podrémos pedir algo mas... los buenos oficiales andan muy escasos en Rusia, y me lisonjeo que obtendré...

LADISLAO, *con viveza.*

No, señora, no; solo deseo ser secretario.

LA CONDESA.

Y porqué?

LADISLAO.

Es mi vocacion... he nacido para eso.

LA CONDESA, *riendo.*

Como otros nacen para la poesía.

LADISLAO.

Ciertamente.

LA CONDESA.

Eso es distinto... (*A un lacayo*) Llevad esta solicitud al príncipe, y decidle...

LADISLAO, *aparte, mientras que lo condesa habla con su lacayo.*

Te doy las gracias, ó fortuna! Otros se desviven y nada pueden conseguir, y yo... yo he llegado á tiempo.

LA CONDESA, *á Ladislao, despues de haber despedido á sus criados.*

Caballero, este es negocio concluido.

ESCENA V.

RIELOF, LA CONDESA, LADISLAO Y ALEJANDRA.

ALEJANDRA, *entra riéndose.*

Ja! ja! ja! Quien no se ha de reir de la aventura!

LADISLAO.

Mi prima.

LA CONDESA.

Pero que es eso, baronesa, que teneis?

ALEJANDRA, *riendo con mas estrépito que antes.*

Ja! ja! Es la historia mas original... ja! ja!... perdonad si al veros se aumenta mi risa... ja! ja! teneis en ella mucha parte.

LA CONDESA.

Yo!

ALEJANDRA.

La principal... sois la heroina.

LADISLAO.

Pero decidnos...

ALEJANDRA.

Dejadme tomar aliento... Vengo del cuarto de la emperatriz... estaba sola con

sus damas; y S. M. que tenia muy buen humor nos ha contado una aventura que acababa de saber; pero de ningun modo ha querido decirnos por quien la sabia.

LA CONDESA.

Tendria sus motivos: tal vez solo será...

ALEJANDRA.

No... no, la historia es verdadera... no hay duda... ha sucedido esta mañana... Figuraos que un jóven... un oficial polaco, acaba de llegar á San Petersburgo, viniendo desde Varsovia á marchas forzadas... acertais porqué?

LR CONDESA.

Porque alguna conspiracion...

ALEJANDRA.

No.

LA CONDESA.

Algun pliego...

ALEJANDRA.

Qué! Ha andado doscientas cincuenta guas sin descanso para enamorar á la ondesa Braniska.

LA CONDESA.

A mí?...

LADISLAO.

Qué oigo! (*Aparte.*)

ALEJANDRA.

Este es su objeto, y su formal y declarada intencion.

LADISLAO.

Eso no puede ser.

LA CONDESA.

Qué locura!

ALEJANDRA.

No lo creais... es un jóven á quien no falta talento... discurre perfectamente... se ha constituido vuestro amante, y este es su estado... el único estado que quiere tener... y lo mas original es que ha formado un plan en cuyo éxito se interesa la emperatriz, y os suplica que la tengais al corriente...

LA CONDESA.

Quereis dejar las burlas?

LADISLAO, *aparte.*

No callará!

ALEJANDRA, *riendo.*

Y el plan... oidle.

LADISLAO, *queriendo impedir que continue.*

Prima!...

ALEJANDRA.

Tranquilizaos... os lo voy á manifestar... Tiene el proyecto... oh!, y ahora os vais á reir lo mismo que yo, tiene el proyecto de entrar de secretario... ja! ja!

LA CONDESA, *mirando á Ladislao.*

Qué oigo!

LADISLAO, *aparte.*

He! se acabó.

LA CONDESA, *con viveza.*

Secretario del príncipe Potemkin?

ALEJANDRA.

Precisamente. Con qué ya sabeis la istoria?

LA CONDESA, *mirando á Ladislao.*

Sí... por mas inverosímil que parezca npiezo á creerla, con solo ver la inquied, la turbacion del culpable...

LADISLAO.

Señora!..

LA CONDESA.

Basta, caballero... no estrañaréis que
retire la palabra que os tenia dada... no
conteis con ella.

LADISLAO.

Permitidme á lo menos que os diga...

LA CONDESA.

Es inútil! creo que soy generosa limi-
tando á eso mi venganza. Retiraos, caba
llero, y no volvais á verme jamás... os l
mando.

LADISLAO.

Obedezco... (*A Alejandra al irse*) Al
Qué habeis hecho prima!

ESCENA VI.

RIELOF, LA CONDESA, ALEJANDRA.

ALEJANDRA.

Es posible! con qué era ese pobre j
ven... era nuestro primo...

RIELOF, *con viveza.*

Primo, cuando mas en séptimo grad
primo, á quien no he visto jamás.. á qu
no conocia...

LA CONDESA.

Os doy la enhorabuena.

ALEJANDRA.

Porqué?... es buen mozo... yo, que todo lo presumia estoy disgustadísima de mi imprudencia... Le habeis tratado con tanta severidad, que el pobrecillo se fué con las lágrimas en los ojos.

LA CONDESA.

Y qué, os compadece?

ALEJANDRA.

Porque no? Yo estaba en igual caso que todas las damas y que la misma emperatriz: que se interesaban por él, por el feliz éxito de su empresa.

LA CONDESA.

Es posible?

ALEJANDRA.

Podia haberles llamado la atencion otra cosa menos digna: por que al fin, como S. M. decia... en esto se ve un amor... un amor verdadero. Solo puede encontrarse una falta, y es la de hablar de ello á todo el mundo: pero no es

culpa suya... su amor ha podido mas que él...

LA CONDESA.

Basta, baronesa: no creo que vuestra intencion sea disgustarme, y por lo mismo os ruego que no me hableis mas de una aventura que me incomoda, que me ofende, y en la que no perdonaria jamás que se me diese á mí pesar una parte que ninguna falta me hace, y que de ningun modo apetezco.

(Alejandra saluda á la condesa, y se va con Rielof por la derecha: al mismo tiempo sale Potemkin por el lado opuesto.)

ESCENA VII.

POTEMKIN, LA CONDESA.

POTEMKIN, *sale apresuradamente y ve á la condesa.*

Ah! estais aquí, condesa?

LA CONDESA.

Salgo de la iglesia... y volvia á casa antes de ir á hacer la corte á la emperatriz... pero estais triste, inquieto...

POTEMKIN.

Estoy incomodado.

LA CONDESA.

Nada tiene eso de particular: yo tambien lo estoy, y con todo el mundo.

POTEMKIN.

Yo con vos.

LA CONDESA.

Sin duda es esa la causa, querido tio, de que me hableis tan respetuosamente, y me honreis tratándome de *vos* como en la corte.

POTEMKIN.

Sabes que no me gustan las chanzas cuando estoy incomodado, y ya he dicho que lo estoy.

LA CONDESA.

Y porqué?

POTEMKIN.

Qué solicitud es esa que me habeis enviado y recomendado con tanto empeño... esa plaza de secretario... ese Polaco... ese Ladislao?...

LA CONDESA.

Yo os lo diré, y sabréis tambien la causa de haberme interesado desde luego...

POTEMKIN.

Ah! con que os habeis interesado!... lo confesais!... Sin duda no sabeis que ese jóven os ama, que su amor no está oculto, que solo por vos ha abandonado su carrera y su pais, que ha venido á San Petersburgo...

LA CONDESA.

Demasiado que lo sé.

POTEMKIN.

Lo sabeis... y me lo recomendais.

LA CONDESA.

Ya no os lo recomiendo.

POTEMKIN.

A buena hora... despues que su aturdimiento y su locura os han comprometido... despues que he andado haciendo averiguaciones... sabeis quien es? Aquel oficial que en Varsovia y solo por haber bailado con vos recibió del conde de

Orlof una herida, de cuyas resultas estuvo á la muerte.

LA CONDESA, *conmovida.*

Ah! no sabia que hubiese sido tan peligrosa.

POTEMKIN.

Y qué importa? No se trata aquí de él, ni de su herida... se trata de vos.

LA CONDESA.

Y qué? quereis que yo responda de sus estravagancias? puedo impedirlas? creeis que no sufro por ellas tanto como vos?

POTEMKIN.

De veras?

LA CONDESA.

Positivamente; y esa pasion de que todos me hablan, ese amor que actualmente es público; yo sola lo ignoraba cuando os he enviado aquella solicitud... retiro mi palabra, mi recomendacion, y os ruego que rasgueis la solicitud.

POTEMKIN.

Está bien... Y me prometes no mirar siquiera á ese jóven?

LA CONDESA, *sonriéndose desdeñosamente.*

Qué idea!

POTEMKIN.

Ni acordarte de él.

LA CONDESA.

Y porqué no?

POTEMKIN.

Ah! es que vosotras por reconocimiento soleis conceder...

LA CONDESA.

Me parece que yo he dado pruebas de lo contrario. Alguno que tenia mas atractivo... Acordaos que he visto á mis pies sin que me admirara, ni obligara, al soberano de la Rusia... al casi Czar... al amante de Catalina.

POTEMKIN.

Calla, calla; no me recuerdes aquellos dias de fiebre, de delirio, en que casi he destruido mi fortuna... esa es mi única falta en política, y tú eres la causa de ella.

LA CONDESA.

Yo?

POTEMKIN.

Sí tú eres la única muger á quien he amado... tú á quien he educado... y si no me hubieses vuelto á la razon... el amor de una soberana... el trono de la Rusia... todo lo hubiera sacrificado por una sola mirada tuya...

LA CONDESA, *sonriéndose.*

Qué dia tan feliz hubiera sido aquel!

POTEMKIN.

Sin duda.

LA CONDESA.

Pero el siguiente...

POTEMKIN.

El siguiente... no sé lo que hubiera sido... y acaso se piensa en ello cuando se ama?

LA CONDESA.

Segun eso, alguna vez habeis creido tener amor?

POTEMKIN.

Sí, lo he creido... lo hubiera jurado y... aun ahora lo juraria!

LA CONDESA.

Desconfiais de mí?

De ti no; pero estás rodeada de cortesanos que te adoran, y si llegases á corresponder á alguno, le descubririas mis secretos... por eso no te separarás de mí... no amarás... no te casarás con nadie, ó sino...

LA CONDESA.

Sino... el Knút! la Siberia!

POTEMKIN.

Sí, todo lo puedo, y ay de ellos! ay de tí!

LA CONDESA.

Perfectamente!... esto es lo que se llama ser galan, amable... y lo que me admira, Potemkin, es como puede reunir vuestro carácter cualidades y defectos tan opuestos! Semejante en todo al imperio ruso que sosteneis, y del que sois una viva imágen, sois como él medio civilizado y medio bárbaro. En vos se hallan tintas asiáticas, europeas, tártaras y cosacas... pero estas últimas dominan.

POTEMKIN.

Perdóname.

LA CONDESA.

A lo que acabais de decirme responderé solo con una protesta no menos enérgica... Estoy con vos, querido tio, y probablemente estaré siempre, pues tal es mi gusto y mi deseo... pero no por eso sois dueño de mi libertad como lo sois de la de Catalina; y declaro aquí al vencedor de Oczakof, al príncipe Potemkin, primer ministro y generalísimo de los ejércitos rusos, que, á pesar de su autoridad y poder, si se me antojase amar á alguno...

POTEMKIN, *con viveza.*

Ah! ya sé porqué lo dices.

LA CONDESA.

No lo creais... hablo en general.

POTEMKIN.

Tú piensas en ese jóven... en Ladislao.

LA CONDESA.

Qué disparate! Ya me habia olvidado

LA CONDESA.

Qué error! Vos no tendréis nunca mas que ambicion; y yo... yo no seré nunca mas que vuestra amiga, vuestra sobrina, vuestra hija... todos os temen, os respetan ú os admiran... Preciso es que haya una persona que os ame... esa soy yo.

POTEMKIN.

Es cierto, yo necesito una amiga: esclavo y rey al mismo tiempo, unos me adulan, otros me envidian... no tengo un momento de placer ni aun de descanso. Ah! esta carga del poder, este puesto elevado, lleva consigo tantas desazones que algunas veces he deseado ver en él á mis enemigos.

LA CONDESA.

Vos, favorito de Catalina... nuestra magnánima emperatriz!

POTEMKIN.

Sí, el favorito de Catalina es un gran soberano, un hombre grande para todos pero para mí... Dueña es de un impe-

rio inmenso, pero sus caprichos se estienden todavía mas que su poder; ese despotismo interior, esos inconsecuentes y continuos deseos de una imaginacion delirante... ah! yo solo soy el testigo y la víctima de ellos. La razon y la filosofía residen en el trono para la Europa: y segun Voltaire, la sabiduría; pero si él hubiese estado en mi lugar fuera muy distinta su opinion.

LA CONDESA, *riéndose.*

De veras?

POTEMKIN.

Por eso... y no puedo acordarme sin temblar... me acuerdo que un dia avergonzado de mi esclavitud quise romperla, y en un arrebato de cólera y rabia levanté el brazo para...

LA CONDESA.

Oh cielos!

POTEMKIN.

Qué he dicho? todo te lo confio Paulowna... y acaso hago mal... si me vendieses...

de él, y cualquiera diria que teneis empeño en recordármele.

POTEMKIN.

Nada de eso; y para mayor seguridad es preciso que se vaya (*Mirándola*). Qué te parece?

LA CONDESA.

Como gusteis.

POTEMKIN, *mirándola*.

No será malo que le enviemos algo lejos... por ejemplo á la Siberia.

LA CONDESA, *asustada*.

Dios mio! eso pensais?

POTEMKIN.

No hemos de castigar su insolencia, y vengar tus agravios?

LA CONDESA.

Os lo agradezco... pero estais demasiado severo... si así castigamos á los que nos aman, como tratarémos á los demas?

POTEMKIN.

No lo dije? Siempre perdonais vosotras esa clase de delitos.

LA CONDESA.

No... pero con tal que se aleje... me han dicho que mañana salen algunas tropas para Astracan... y si en uno de esos regimientos le dieseis una compañía...

POTEMKIN.

Teneis razon : así se vengan los príncipes.

LA CONDESA.

No señor : así se vengan las mugeres.

POTEMKIN.

Para que veais si soy bueno no me parece bastante una compañía,.. voy á darle un regimiento.

LA CONDESA, *tomándole la mano.*

Muy bien... proponedle á la emperatriz.

POTEMKIN, *un instante de silencio.*

Prefiero que tú misma hagas la propuesta... de este modo Catalina y sus damas verán que tú eres quien le destierde San Petersburgo.

LA CONDESA.

No tengo inconveniente : voy á escri-

bir con ese objeto... Sospecharéis aun

POTEMKIN, *besándole la mano.*

No tengo ya motivo para sospechar sino para agradecer.

ESCENA VIII.

POTEMKIN, Y LUEGO LADISLAO.

POTEMKIN.

Ahora, gracias á Dios, nuestro jóv Polaco queda fresco.

LADISLAO.

Ah! por fin os encontré.

POTEMKIN, *aparte y riendo.*

Y por cierto no me pesa.

LADISLAO.

Sabeis, amigo mio, que sois atro mente indiscreto?

POTEMKIN.

En qué?

LADISLAO.

Como! hago confianza de vos porq os tengo por amigo... os hablo de lo q mas me interesa, de mis proyectos,

mis esperanzas... y sin encomendaros á Dios ni al diablo lo vais contando á todo el mundo.

POTEMKIN.

Yo!

LADISLAO.

Vos... por lo menos lo habeis dicho á muchas personas de palacio... porque ha llegado á oidos de Catalina, quien ya lo sabe todo como si yo mismo se lo hubiese referido.

POTEMKIN.

No creo haberlo confiado mas que á uno ó dos amigos...

LADISLAO.

Pues no lo dije; malditos sean todos los habladores!... Sabeis de lo que es causa vuestra indiscrecion? La condesa me habia recibido perfectamente, nada sospechaba, iba á lograr ese empleo que tanto apetecia, y vuestras habladurías lo echaron todo á rodar.

POTEMKIN.

Lo siento infinito, pero...

LADISLAO.

Sí, no habreis tenido en ello mala intencion; pero lo cierto es que la condesa me ha despedido á cajas destempladas.

POTEMKIN.

Y quien demonios se habia de figurar que...

LADISLAO.

Y me ha prohibido que en mi vida vuelva á verla.

POTEMKIN.

Qué desgracia!

LADISLAO.

Atroz!... es decir, al principio lo sentí infinito, pero ahora me alegro mas de lo que pensais, porque gracias á este incidente mis asuntos navegan viento en popa.

POTEMKIN.

Hombre, qué decís! Pues qué, que hay?

LADISLAO.

Que si quieres! no me cogeréis otra vez... Os confié mis proyectos porque al

fin y al cabo á nadie perjudicaba con ello sino á mí; entonces no podia comprometerla... pero ahora... ya es otra cosa.

POTEMKIN, *sobresaltado.*

Con qué hay algo?... alguna esperanza?

LADISLAO.

Tal vez.

POTEMKIN.

Con qué habeis logrado?...

LADISLAO.

Oid... no digo nada... Me habeis dado una leccion, y no quiero desaprovecharla... contároslo seria... decirlo al pregonero... pero no estoy enfadado con vos y en prueba de ello, como os llamais?

POTEMKIN, *turbado.*

Yo! no...

LADISLAO.

Ya que todo lo decís, decídmelo con franqueza.

POTEMKIN.

Me llamo... Gregorief.

LADISLAO.

Militar... segun parece?

POTEMKIN.

Pues... comisario de víveres.

LADISLAO.

Pues bien, amigo Gregorief, ya que sois comisario, para probaros que no os tengo rencor, por medio de la condesa Braniska voy á hacer que os nombren intendente general... Contad conmigo... no os digo mas, y pronto veréis que no me olvido de mis amigos.

POTEMKIN, *con impaciencia.*

Una palabra no mas.

LADISLAO, *sin escucharle.*

Con la condicion de que en adelante... no habeis de ser tan botarate...

POTEMKIN, *colérico.*

Por san Nicolás!...

LADISLAO.

Y para empezar hacedme el gusto de marcharos, porque la veo venir y tengo que hablarla.

POTEMKIN.

Vos !...

LADISLAO.

No, que no : idos , idos.

POTEMKIN , *aparte.*

Esto es demasiado, y á toda costa sabré lo que hay.

(Vase por la arboleda.)

ESCENA IX.

LA CONDESA, LADISLAO.

LA CONDESA. *sale distraida, y alzando los ojos ve á Ladislao.*

Vos aquí, caballero ! Osais todavía...

LADISLAO.

Perdonad, yo no debia hablaros en público... me lo habeis prohibido, lo sé ; pero en este momento no hay aquí nadie, estamos solos, y vengo á daros las gracias.

LA CONDESA.

Y porqué?

LADISLAO.

Por las órdenes que habeis tenido la

bondad de darme, que cumpliré aun á costa de mi sangre. Me habeis encargado mucho el silencio y la discrecion, y cumpliria con vuestro encargo, no procuraria veros ni hablaros, si en este momento la delicadeza me permitiese callar. Vos misma conoceis que tengo razon.

LA CONDESA.

No entiendo lo que quereis decir.

LADISLAO.

No podeis negarlo ni desentenderos, porque con la carta que habeis escrito han llegado á mi posada dos hermosísimos caballos magníficamente enjaezados.

LA CONDESA.

Es posible!

LADISLAO.

Oh! no quereis confesarlo, y con razon... sois rica, lo sé... sois una gran señora, y yo... no soy mas que un desgraciado que os ama; ¿pero creeis que lo que me ha enamorado sean vuestros títulos, vuestra riqueza, vuestro rango?

No; sois vos, vos sola; pero mi honor no pertenece á nadie, ni se me compra con el oro.

LA CONDESA, *con impaciencia.*

Pero, caballero, dignaos de escucharme...

LADISLAO.

Perdonad si os ofendo..... Bastaban para hacerme dichoso aquellos rasgos trazados por vos, casi borrados con mis besos... este es mi tesoro... si me lo hubieseis dejado, si no os hubieseis apresurado á arrebatármelo...

LA CONDESA.

Pero donde está... ese billete?.. quiero verlo.

LADISLAO.

Bien sabeis que ya no le tengo... Me encargabais que lo quemase al instante, y por mucho que me haya costado he obedecido, como obedeceré siempre.

LA CONDESA.

Pero qué decia?

LADISLAO.

Lo habeis olvidado ya?

LA CONDESA.

No importa... quiero saber...

LADISLAO.

Sí, lo he aprendido de memoria, lo he grabado en mi corazon, si señora, está aquí... y la muerte, solo la muerte, podrá borrarlo. Oid: «Vuestra imprudencia me comprometió y fué preciso despediros. No trateis de verme ni hablarme en público: esperad mis órdenes..... silencio y discrecion! Quemad luego este billete.»

LA CONDESA, *con emocion.*

Es una infamia! Caballero... aquí hay una traicion de que ambos somos víctimas; porque os juro que no os he mandado ni billetes ni presentes.

LADISLAO.

Qué decís!

LA CONDESA.

La verdad.

LADISLAO.

Ah! ya os arrepentís de haberme hecho dichoso? ó desconfiais de mi discrecion?.. Quien sino vos podia escribirme así?.. Acaso me he dirigido á otra? Hay otra á quien yo ame?

LA CONDESA, *conmovida.*

Caballero!.. yo quisiera... desearia no afligiros, y sin embargo no puedo permitir que permanezcais en un error.

LADISLAO.

Un error!.. No puede ser; no hablais de veras... Esta es una nueva prueba... Os quereis burlar de mí?

LA CONDESA.

Seria una maldad... Si quereis que os ure?..

LADISLAO, *temblando.*

No, no acabeis... Si es así, mejor fuera, señora, matarme de una vez, porque no puedo sobrevivir á tal desgracia. Si supieseis lo que es pasar así de un estremo de dicha á un estremo de desespera-

cion! Soñar con vuestro amor y despertarse con vuestro aborrecimiento!..

LA CONDESA.

Mi aborrecimiento!.. por qué?.. no puedo menos de tener lástima de vos y acaso perdonaros... y cuando no, desearos una suerte mas feliz (*Viendo entrar un oficial que le presenta un papel*). De ello veréis una prueba en este papel que os iba dirigido... esto es lo que he pedido y obtenido para vos... (*El oficial entrega el papel á Ladislao, y á una señal de la condesa se retira.*) Tomad, caballero, esa es mi única respuesta, á esa debeis dar crédito, porque es verdaderamente mia.

(Saluda y vase. Ladislao quiere seguirla; pero ella le manda detenerse, le señala el papel y desaparece por el foro.)

ESCENA X.

LADISLAO (INMOVIL Y ABATIDO, Y CON EL PAPEL QUE LE DIO LA CONDESA EN LA MANO), POTEMKIN, QUE SALE DE LA ARBOLEDA DE LA IZQUIERDA.

POTEMKIN, *riendo.*

Ja! ja! Verdaderamente es cosa singular!

LADISLAO, *sobresaltado y con disgusto.*

Cómo!.. sois vos!.. estabais ahí?..

POTEMKIN.

He llegado ahora mismo, y sin pretenderlo he oido parte de vuestra conversacion.

LADISLAO.

De veras? amigo mio, sois muy indiscreto.

POTEMKIN, *señalándole el papel.*

Qué, no leeis?

LADISLAO, *incomodado.*

Basta: no quiero que nadie se burle de mí... harto triste es que ella... pero los demas...

POTEMKIN.

Por qué desanimarse?.... Tal vez ese pliego os sea menos desagradable de lo que pensais!..

LADISLAO, *que ha quitado el sobre, y mira el papel.*

Un real despacho!.. Me dan un regimiento!.. acaso lo pretendia yo?.. Un regimiento que debe salir...

POTEMKIN.

Eso es menos agradable!

LADISLAO, *volviendo con alegría la primera hoja del despacho y sacando de entre las dos un papelito que lee.*

Cielos!.... antes de partir..... esta noche!.... una cita!....

POTEMKIN, *con viveza.*

Qué, qué es eso?

LADISLAO, *lo mismo y como volviendo en sí.*

Nada... no es nada... yo no he dicho nada!

POTEMKIN.

Oh? sí que habeis dicho.

LADISLAO.

Yo! ni una palabra.

POTEMKIN.

Habeis hablado de una cita.

LADISLAO, *con viveza y fuerza.*

Silencio!.. si se me ha escapado esa palabra guardaos bien de pronunciarla! mi vida, la vuestra, están en que calleis... Sí, amigo mio, sí... Una cita!

POTEMKIN.

Y donde? á qué hora?

LADISLAO.

Ah! eso es lo que no sabréis..... ni vos ni ninguna persona del mundo! me dejaré matar primero que decirlo.

(Rasga el billete.)

POTEMKIN.

Qué haceis?

LADISLAO.

No lo veis? rasgo un papel.. así se me ha mandado.

POTEMKIN, *enfadado y grave.*

Y yo.. caballero... (*Mudando de tono y aparte.*) ¡Qué iba á hacer... hablar co-

mo príncipe... para no saber nada!.. (*En voz alta y esforzándose para reir.*) Verdaderamente... es cosa graciosísima...

LADISLAO, *alegre.*

Cierto... y sobre todo por el modo con que... tratarme con tanta frialdad en la apariencia para añadir con la sorpresa un nuevo valor, un nuevo mérito á esta dicha... Con lo sucedido yo debia dudar... porque al fin ella estaba menos severa que esta mañana. De repente, cuando se separaba de mí, su voz quedó como apagada.

POTEMKIN, *incomodado.*

Es verdad.

LADISLAO.

Se notaba en sus miradas una espresion...

POTEMKIN, *como antes.*

Es verdad.

LADISLAO.

Y en todo su rostro... en toda ella una turbacion... que queria y no podia ocul-

tar enteramente... Vos no habeis podido observarlo como yo...

POTEMKIN.

Seguramente... y creo que vuestra dicha es cierta.

LADISLAO.

No, todavía no... eso no es positivo...

POTEMKIN.

Cómo que no es positivo?

LADISLAO.

No se sabe todavía si me podrá recibir... si estará libre... y en este caso me servirá de aviso una papeleta de convite para el baile de esta noche en palacio... una papeleta impresa que deben haberme dejado en casa... sabré que quiere decir todo esto... Voy volando á mi posada á buscar esa papeleta... ó á esperar; y si la encuentro, mi querido Gregorief, teneis ya seguro vuestro empleo... desde mañana seréis intendente general, lo prometo... pero para conseguirlo preciso guardar un profundo silen-

cio... El callar os interesa mucho... y á mí tambien..... me entendeis..... agur agur! Soy el mas dichoso de todos los hombres.

(Vase corriendo por la derecha del foro.)

ESCENA XI.

POTEMKIN Y DESPUES LA CONDESA.

POTEMKIN,

Yo me vengaré de su artificio, de su engaño, de su falsedad... (*viendo á la condesa que sale por la izquierda del foro*) Ella es... sale del cuarto de la Emperatriz... (*á la condesa*) Venís del cuarto de Catalina?

LA CONDESA.

Y por cierto ha estado tan alegre, tan amable!... no me ha hablado mas que del baile de esta noche...

POTEMKIN, *procurando disimular su inconsecuencia.*

Y ese baile... pensais ir al baile?

LA CONDESA.

Ciertamente.

POTEMKIN.

Y si yo os acompaño, si no os dejo absolutamente en toda la noche... por eso no mudaréis de propósito.

LA CONDESA.

Al contrario: me daréis mucho gusto.

POTEMKIN.

Os daré gusto!

LA CONDESA.

Tanto mas cuanto que no lo esperaba.

POTEMKIN, *no pudiendo ya reprimir su cólera.*

Paulowna! Creeis que se me engaña impunemente?... creeis que he de ser yo el juguete de una muger?... Lo que ni la misma Catalina osaria intentar, lo habeis intentado vos!

LA CONDESA.

Yo!

POTEMKIN.

Sí, vos... ignorais acaso que el destierro ó la muerte han castigado otras traiciones menos odiosas que la vuestra?...

LA CONDESA.

Vaya en gracia! Potemkin, que nuevo

estremo de galantería es ese! ¿Quien h
podido inspiraros ese madrigal tártaro?

POTEMKIN.

No penseis engañarme mas... amais
ese jóven... á ese Ladislao... le amais: l
turbacion en que ahora os veo bastar
para que yo lo adivinase.

LA CONDESA.

Y como no esperimentarla al ver qu
se renuevan en vos esas absurdas sospe
chas, oyéndoos repetir sin cesar un nom
bre que me era indiferente y va siend
para mí odioso? Sí, Potemkin, sí: eso e
una injusticia!... y ved lo que me suced
con respecto á ese jóven infeliz... qu
ahora le detesto... le tengo aversion.

POTEMKIN.

Me engañas todavía, sí, me engañas,
bien lo sabes!... Escucha Paulowna: t
sabes que hay momentos en que so
bueno y generoso... esos momentos so
cortos y es preciso aprovecharlos... dim
la verdad... dime que ha sido á tu pesar

que no has podido evitarlo, que no has conseguido vencerte... que le amas.

LA CONDESA.

Pero si no hay tal.

POTEMKIN.

Confiésalo y le perdono... no perderá la vida.

LA CONDESA.

Yo no puedo confesar lo que no es cierto.

POTEMKIN.

Pues bien... tú has dictado su sentencia... porque lo sé todo y he visto las pruebas... tú le has escrito... le has dado una cita para esta noche.

LA CONDESA.

Yo!

POTEMKIN.

Y la señal convenida para esa cita... es una papeleta para el baile... una esquela de convite que debes enviarle...

LA CONDESA, *fuera de sí.*

Todos disparatan!.. todos los que me rodean deliran!... Qué, habrán todos perdido la cabeza?

ESCENA XII.

POTEMKIN, LA CONDESA, RIELOF.

RIELOF.

Os traigo, señora Condesa, la papeleta que poco antes me pedisteis para el baile de palacio...

LA CONDESA.

Cielos!

POTEMKIN.

Como! una papeleta?...

RIELOF.

Que la Condesa queria para no sé quien...

LA CONDESA, *con viveza.*

Sí, para uno de la embajada de Francia, para Mr. de Verneuil, á quien se la he prometido, como él mismo os dirá.

POTEMKIN, *que ha tomado el billete.*

Yo sé lo que debo creer... y os juro que Ladislao no tendrá esta papeleta...

RIELOF.

No la necesita... tiene ya una.

POTEMKIN.

Qué decís?

RIELOF.

Que acabo yo de dejarle una... por mas señas que me ha costado bastante trabajo encontrar su casa... Yo sé lo que he andado y por que calles!

LA CONDESA, *aparte á Potemkin.*

Lo oís? pensaréis todavía que soy yo quien le ha dado la cita?

POTEMKIN, *lo mismo.*

Tal vez... mientras yo no sepa quien se la ha dado...

LA CONDESA, *lo mismo.*

Yo haré que Rielof lo diga *(En voz alta á Rielof)* Y esa papeleta se la habeis levado de mi parte á Ladislao?

RIELOF.

No señora... vos no me habiais hablado de eso; de lo contrario...

LA CONDESA.

Pues quien os ha encargado que se la levaseis?

RIELOF.

Mi muger!

POTEMKIN Y LA CONDESA.

Su muger!..

RIELOF.

Oh! y con un empeño, con una prisa.. ha sido preciso que yo fuera en person para cerciorarme de que habia llegado sus manos, y poderle asegurar á la Baro nesa que la habia recibido temprano Las mugeres son admirables para esta en todos los pormenores...

LA CONDESA, *con despecho.*

Qué! es su muger!... su muger la in fame...

POTEMKIN, *riendo y aparte á la condesa.*

Entendedlo al revés, y lo habréis com prendido (*mirando á Rielof*). Pobre hom bre!

LA CONDESA.

Y no se lo advertís?

POTEMKIN.

Para qué?

LA CONDESA.

Cómo! permitiréis que Ladislao...

POTEMKIN, *en voz baja.*

Eso nada os importa... Callad ó creeré...

LA CONDESA, *con nobleza.*

Qué?

POTEMKIN.

Silencio !... él llega.

LA CONDESA.

Vamos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

La campana.

ACTO II.

El teatro representa el gabinete de la condesa en el palacio de Potemkin. Puerta en el fondo y otras dos laterales. Una mesa à la derecha del teatro.

ESCENA I.

LA CONDESA, *sola. Estará sentada junto á la mesa con un libro, que no lee, en la mano* Mucho ha que amaneció!... no he podido dormir... estoy inquieta, de mal humor... Por mas que Potemkin diga que nada tenemos que ver en ello, basta que se hayan valido de mi nombre, para que aun tema que me comprometan... hubiese encontrado en el baile de esta noche á la señora Tesorera, la hubiera

avisado por su bien que todo estaba des
cubierto... pero no la he visto ni á ell
ni á ese Ladislao... Se le convida y n
va... claro es que estaban convenidos..
se entendian, estaban de acuerdo... per
á mí que me importa? Lo esencial, po
mas que diga Potemkin, era librar á Ri
lof de esa infame intriga, tramada cor
tra él; y por eso le mandé decir qu
estuviese con cuidado... que unos malh
chores, mientras estuviese en el baile
querian introducirse en su casa... Co
este aviso, que á nadie comprometia, cr
desconcertar cualquier proyecto; pues n
señor, ese buen Rielof me responde, dá
dome las gracias, que no tenga el m
nor recelo, que ha pedido guardia d
ble; y esta hará fuego sobre cualquie
que intente penetrar esta noche en su p
lacio... Si ese jóven se presenta, si
hieren, si le matan... yo tendré la cu
pa... cuanto siento haberme metido e
eso tomando tanto interés por Rielof!.

al fin y al cabo, bien lo merecia... no, no es esto lo que quise decir, y con tal que nada haya sucedido... yo aseguro que no me acordaré mas de él ni de nadie, porque...

(Salen dos criados)

UN CRIADO, *anunciando.*

El señor Ladislao...

LA CONDESA, *dando un grito.*

Ah!

UN CRIADO.

Desea hablar con la señora condesa...

LA CONDESA, *conmovida.*

Ladislao!... estais seguro?... le habeis visto?

UN CRIADO.

Ahí está.

LA CONDESA, *volviendo en sí.*

Qué atrevimiento!... qué quiere? con qué derecho se atreve á presentarse en mi casa á estas horas?

UN CRIADO.

Asegura que la señora condesa le con-

vidó ayer á almorzar, encargándole qu viniera muy temprano.

LA CONDESA, *estupefacta.*

Yo!... esta es otra... decidle que pas adelante (*vase el criado*). Voy á tratarl como merece... le enseñaré á... ay Dio mio!... y mi tio que va á venir!... Si l encuentra aquí con las sospechas que ti ne... (*al otro criado que vuelve á compa recer en el fondo*) No, no; decidle qu no puedo... que no quiero recibirle.. que espero al príncipe Potemkin, y qu le mando... (*vase el criado*) Ah! ya l oigo el es! (*vase corriendo*).

ESCENA II.

LADISLAO.

Ya lo sabia yo... me estaba esperan do... gracias, amigo.

EL CRIADO.

No, señor, no: la señora no quiere

LADISLAO.

Qué estais diciendo?...

EL CRIADO.

Que mi ama no puede recibiros.

LADISLAO.

En este momento, quereis decir?... no importa, que no se incomode... estoy á sus órdenes ahora y siempre.

EL CRIADO.

No me entendeis, caballero... La señora condesa me encarga os diga que va á llegar ahora mismo el príncipe Potemkin, su tio y nuestro amo.

LADISLAO.

Ya entiendo (*aparte*) No conviene que me vea aquí (*en alta voz*). Y no podrá salir hasta que el príncipe se vaya, no es así?... pues bién, querido, me aguardaré, tendré paciencia; y luego que se quede sola, servidnos el almuerzo.

EL CRIADO.

Sois amigo ó pariente de S. A.?

LADISLAO, *se sonrie.*

Algo hay de eso... toma; para ti (*le da dinero*).

EL CRIADO.

Eso es otra cosa.

LADISLAO, *con dignidad.*

Ya puedes dejarme.

EL CRIADO.

Sí, monseñor *(vase).*

ESCENA III.

LADISLAO Y LUEGO POTEMKIN.

LADISLAO, *solo.*

Oh! si... bien puedo esperarla... *(Quitase el sombrero y espada que pone encima de una mesa.)* Con qué estoy en su casa y con su permiso, por su órden! *(Mirando al rededor)* Estos son los lugares que habita! *(se acerca á la mesa)* Este bordado es suyo... y estos dibujos... el lapiz que ha tocado *(lo besa)*... y tantos recuerdos me asaltan á la vez, que á penas puedo resistir á tanta dicha...

Se recuesta en el sillon, estiende las piernas, inclina la cabeza, y queda sumergido en profundas reflexiones. En este momento sale Potem

kin muy pensativo, llega hasta la mitad de la sala, y se queda atónito viendo á Ladislao.

POTEMKIN, *restregándose los ojos.*

Qué veo!

LADISLAO, *levanta la cabeza sin moverse.*

Ah! sois vos, querido amigo!... por donde diablos habeis entrado?... quien os ha dado permiso para penetrar hasta aquí?

POTEMKIN.

Precisamente esa es la pregunta que iba á haceros.

LADISLAO.

Muy escusada, porque no contesto.

POTEMKIN.

Os encuentro en este gabinete, como si estuvieseis en vuestra casa, y no quereis que...

LADISLAO.

No es cierto que es gran diablura?... por lo mismo no hableis tan recio... porque os aseguro que tengo miedo de dispertarme... Querido Gregorief, ya habréis recibido en la intendencia la es-

quela que os envié para que al instant
pasaseis á mi casa...

POTEMKIN, *vacilando.*

Sí, sí, ya me la dieron.

LADISLAO, *sonriéndose.*

Y me perseguís hasta aquí?... os dig
francamente que es una falta de aten
cion; pero como conozco vuestro carác
ter no quiero incomodarme, y como po
otra parte tengo muy buenas noticias qu
daros...

POTEMKIN.

A mí?

LADISLAO, *señalando un sillon.*

Sentaos.

POTEMKIN, *aparte.*

Pues señor! como si estuviera en s
casa...

LADISLAO.

He pedido para vos aquello en qu
habíamos quedado.

POTEMKIN.

No me acuerdo.

LADISLAO.

Hombre! vuestra plaza de intendente general.

POTEMKIN.

Vos! un empleo que depende directamente de la emperatriz ó de Potemkin!... (*sonriéndose*) Amigo, si lograis eso.....

LADISLAO, *saca un papel de la faltriquera.*

Aquí está! (*se levanta y lo entrega á Potemkim*) Un ayudante de campo me lo trajo esta mañana.

POTEMKIN.

Y de quien os valistes para eso?

LADISLAO.

Oh! no lo digo...

POTEMKIN.

Ya caigo... de la señora de Rielof?

LADISLAO.

Mi prima! ni siquiera la he visto desde ayer.

POTEMKIN.

De veras?

LADISLAO.

Lo juro... por otra parte no hubiera

tenido mi prima bastante favor para al
canzarlo... *(bajando la voz)* pero la con
desa Braniska...

POTEMKIN.

Con qué es ella?... pero cuando l
hablasteis?

LADISLAO, *sonriéndose.*

Hola! hola! qué curiosidad!

POTEMKIN.

Ello no puede ser ni anoche ni es
mañana...

LADISLAO.

Verdad es.

POTEMKIN.

Pues entonces cuando ha sido?

LADISLAO.

Pero hombre! qué os importa con t
que tengais el empleo? La condesa l
habrá obtenido de Potemkin ó de Ca
talina.

POTEMKIN, *examinando el despacho con vivez*

Sí, sí, de Catalina... esta es su fi
ma... en cuanto á Potemkin estoy segu
ro que su sobrina nada le ha dicho.

LADISLAO, *sonriéndose.*

Toma! no faltaba mas!... se os figura que es tonta?... como que tiene buenas razones para no hacerlo.

POTEMKIN.

Razones! cuales?

LADISLAO, *mirándole.*

No puedo decirlo, y como con vos no gasto cumplimiento no estrañeis os diga que os vayais... *(baja la voz)* La condesa va á venir á almorzar conmigo en esta sala.

POTEMKIN, *atónito.*

Aquí?

LADISLAO.

Sí... me ha dicho que tenga un poco de paciencia... El príncipe Potemkin la hace mucho miedo; y como ha de venir á verla esta mañana...

POTEMKIN.

Verdad es!...

LADISLAO.

Acaso en este momento está con ella, cosa nada divertida para la condesa Bra-

niska, y luego que se marche... (*mo*
miento de Potemkin) con que, amigo,
me entendeis...

POTEMKIN.

Teneis razon... hasta otro rato (*apa*
te). Antes de enfadarnos, tratemos
averiguarlo todo.

ESCENA IV.

LADISLAO Y LUEGO LA CONDESA.

LADISLAO.

Pobre muchacho! Aun está sin sab
lo que le pasa, con un ascenso tan ráp
do... ni sabe como demostrarme su agr
decimiento... ah! la condesa viene...

LA CONDESA.

Como, caballero! aun estais aquí?

LADISLAO, *con viveza.*

Qué os asusta?... No se fué ya Poten
kin?

LA CONDESA.

No se trata de él, sino de vos... ca
no puedo creer que seais tan atrevido.

LADISLAO.

Por qué lo decís? no veo en ello ningun peligro, y aunque lo hubiese ¿creeis que dudaria un instante?.. no me habeis convidado á almorzar...?

LA CONDESA.

A almorzar!...

LL CRIADO, *desde la puerta del foro.*

Cuando gusteis... el almuerzo está en la mesa.

LADISLAO, *al criado.*

Con que el príncipe ya salió?

EL CRIADO, *inclinándose.*

Sí, monseñor, en este momento.

LADISLAO, *despidiéndole.*

Muy bien.

A CONDESA, *mirándole con la mayor sorpresa.*

No sé si duermo ó estoy despierta al eros dar órdenes en este palacio...

LADISLAO.

Perdonad... bien sé que yo soy quien ebia recibirlas... y ese almuerzo...

LA CONDESA.

Antes de todo, sabed, caballero, que o ha habido tal convite.

LADISLAO.

Como!

LA CONDESA.

No, señor, yo no he convidado á na die.

LADISLAO.

Oh! en cuanto á eso, puedo asegura ros que os engañais... que hayais mu dado de idea, nada tiene de particular. pero es muy cierto que al separarnos n habeis dicho en voz baja: Hasta mañ na... almorzarémos juntos.

LA CONDESA.

Yo!

LADISLAO.

Pero en resumidas cuentas, nada im porta... puesto que estamos aquí lo mis mo da... no disputemos por una palabra

LA CONDESA.

No, señor, no... tengo algunas espl caciones que pediros, y exijo de vos l mayor franqueza.

LADISLAO.

Hay un solo pensamiento mio que n sea vuestro?

CONDESA, *se sienta y hace seña á Ladislao para que haga lo mismo.*

Lo que quiero saber, caballero, es mo os habeis librado de los peligros ıe os amenazaban... peligros de que fuí usa involuntaria... y esos soldados de ıe estaba circundado el palacio de la orería...

LADISLAO.

El palacio de Rielof!... No me acer- é á semejante casa de cien leguas... é necesidad tenia de pasar por allí para á donde me aguardaban?

LA CONDESA.

Como! No era allí?

LADISLAO.

Mejor lo sabeis vos que yo.

LA CONDESA.

Mejor que vos!

LADISLAO.

Qué duda tiene!.. Los dos hombres e me vendaron los ojos no me dejaron onde me llevaban... Solo cuando hu- ıos llegado á un pabellon elegante,

alumbrado con una lámpara de ala
tro, una hermosa esclava griega me
tó la venda y me dijo: Valiente caba
ro, tendréis miedo? — Y de qué? —
ton! jurad que guardaréis el mayor si
cio... que no diréis una palabra... y
si es menester, espondréis vuestra vid
Ya adivinais mi respuesta... Pues bi
añadió, venid, la condesa Braniska
espera.

LA CONDESA, *con indignacion.*

Será posible!

LADISLAO, *levantándose.*

No ha de serlo!

LA CONDESA.

Me ha nombrado!... Se ha atrevid
pronunciar mi nombre!

LADISLAO.

Si ha hecho mal... si ha faltado á v
tras órdenes, no os enfadeis... no le
gais pagar mi indiscrecion... el culpa
soy yo, pues hubiera debido callar...
lo haré en adelante... ya no digo n
mas en mi vida.

LA CONDESA, *vivamente.*

Al contrario, yo exijo... (*mudando de*
o). Luego os diré lo que pienso, y
rque motivo trato de saber en este
mento... acabad vuestra relacion; yo
lo suplico.

LADISLAO, *vuelve á sentarse.*

Pero, señora, para qué?

LA CONDESA.

Dadme ese gusto.

LADISLAO.

No lo sabeis todo?

LA CONDESA.

Si lo exijo... tan pronto os olvidais...?

LADISLAO.

Oh no, no es posible que me olvide
momentos tan dulces y al mismo tiem-
tan crueles!

LA CONDESA, *dudando.*

Tan crueles!

LADISLAO.

In duda... ese silencio que me ha-
s prescrito, y me ha sido imposible

guardar, pero que vos nunca quisi
romper...

LA CONDESA.

Ah! con qué no hablé?

LADISLAO.

Escepto cuando me dijisteis al oi
Mañana me daré á conocer y seré
vuestra.

LA CONDESA, *con indignacion.*

Toda vuestra!

LADISLAO, *con viveza.*

Lo habeis dicho... es vuestra prom
y vengo á reclamarla... Cualquiera
haya de ser mi suerte, aunque erran
proscrito hubiese de espirar en los
siertos de Siberia, no me quejaré del
lo ni de los favores que me dispen
Hay aquí bastante dicha para desafi
la adversidad, bastantes recuerdos
hermosear mi vida entera! (*Se arroj*

LA CONDESA, *se levanta.*

Basta, caballero, basta... no q
saber mas, ni prolongar la equivoca
en que estais.

LADISLAO, *se levanta*.

La equivocacion!

LA CONDESA.

No era yo...

LADISLAO.

Oh no, en vano quereis alucinarme...
os sois... erais vos... á un indiferente
le puede engañar, pero á mí, á mí
ue os amo... yo adivinaria hasta la hue-
de vuestros pasos.

LA CONDESA.

Os juro, caballero...

LADISLAO.

Como podeis figuraros que no os haya
nocido?... creeis que mi corazon pue-
engañarse!

LA CONDESA, *enfadada*.

Pues si señor, se ha engañado... y eso
una infamia que no puedo perdona-
... Quien se fia de los hombres, quien
e en la pureza, en la realidad de
sentimientos?... he querido saber
ta que punto habian abusado de vues-

tro aturdimiento... de vuestra locura, de mi nombre que se han atrevido á to mar.

LADISLAO, *temblando.*

Vuestro nombre!

LA CONDESA.

Sí señor, conozco á la autora de es traicion que no quedará impune... ma ante todo, por mí y por mi tranquil dad he querido desengañaros.

LADISLAO, *fuera de sí.*

Desengañarme!... á mí!... oh! no m hableis así... Antes de renunciar á sem jante idea, moriré desesperado.

LA CONDESA.

Como gusteis; pero os he dicho la ve dad... y aun os diré mas... Desde aye ese amor que no podia dominar y n perseguia en todas partes... esa pasio cuya estravagancia me humillaba pe que no podia menos de parecerme ve dadera... todo, á mi pesar, me hab inspirado hácia vos un sentimiento

emor, de lástima, de afecto... acaso mas;
tal vez con el tiempo hubiera sucedido...
o sé... pero lo que me consta es que
hora, caballero, solo me causais indig-
acion, cólera, una invencible repug-
ancia!... Sí señor, y en prueba de ello,
asta ahora por consideracion, por deli-
deza, os habia ocultado el nombre de
persona que habia usurpado el mio...
ero ya poco me importa que lo sepais...
deis echaros á sus pies, darle las gra-
as, ó mas bien... aquí la teneis, os
jo con ella...

DISLAO, *vuélvese y ve á Alejandra que sale por el foro.*

Mi prima!... Adios esperanzas!

ESCENA V.

ALEJANDRA, LADISLAO,

LADISLAO, *déjase caer en el sillon.*

Dios mio de mi alma!

ALEJANDRA.

Sois vos, primo?... Gracias á Dio
Hace dos horas que os busco.

LADISLAO, *siempre echado.*

Os lo agradezco (*tiéndele la mano*
mirarla). Prima mia! (*Aparte.*) Y p
qué he de estar enfadado con ella?
contrario.

ALEJANDRA, *despues de mirar si alguien vi*

Temia tanto no encontraros... Es
chadme (*Ladislao la mira sin decir nad*
Porqué me mirais así.

LADISLAO, *aparte mirándola con dolor.*

Ella era!... (*Suspira*) Es bonita, n
salada... y si no fuese porque... vam
no habria motivos para desesperarse.

ALEJANDRA.

Primo, quereis oirme? Mirad qu
trata de vos.

LADISLAO *con frialdad.*

Ya os escucho... (*aparte, mirándo*
Es inconcebible que uno pueda engai
se de este modo.

ALEJANDRA.

Vengo del palacio imperial, del cuarto de Catalina, en el que Potemkin ha entrado con cara sombría y silenciosa..ha hecho una seña á un oficial de guardias que estaba hablando conmigo, el conde de Betutchef, quien se ha acercado al príncipe; y este le ha hablado al oido con mucho ardor y agitacion, lo que me ha inspirado deseos de saber lo que decia, aunque no soy curiosa. Betutchef es un jóven muy guapo, uno de mis adoradores, que no se atreveria á negarme la menor cosa por cuanto hay en el mundo: de consiguiente, despues de haberse restido un rato... «Sed prudente, me ha dicho, es una órden para prender á un jóven polaco... un tal Ladislao... que ahora mismo se halla en el palacio de Potemkin... debo tener cuidado que no salga de él, y dentro de una hora se le lleva en un Kibitche... y á la Siberia sin mas esplicacion»... Lo oís?

LADISLAO.

Perfectamente.

ALEJANDRA.

Entonces he venido corriendo para da
ros este aviso y aconsejaros que huyais
inmediatamente.

LADISLAO *se levanta.*

Mucho os agradezco, primita, est
prueba de interés que no me sorprend
despues de las muchas que me habeis da
do... pero no me aprovecharé de ella.

ALEJANDRA.

Porqué?

LADISLAO.

Porqué en esto hay algun *quid pro quo*
puesto que, desgraciadamente para mí
Potemkin no tiene ningun motivo para
ser mi enemigo... si fuese el señor d
Rielof vuestro marido, no diria yo qu
no....

ALEJANDRA.

Porqué lo decís?

LADISLAO.

Por ciertas razones... que no ignorais.

y que ahora tampoco ignoro yo... Sí, prima mia, no os asusteis, y contad con mi discrecion.

ALEJANDRA.

Sobre qué?

LADISLAO.

Os repito que todo lo sé (*algo turbado*); y no puedo encareceros cuanto os agradezco, prima mia... con tal (y este es mi solo temor) que semejante paso no os comprometa.

ALEJANDRA.

Comprometerme, primo! pues de qué estais hablando...?

LADISLAO.

Esta es buena! de nuestra entrevista de esta noche.

ALEJANDRA.

Una entrevista conmigo?

LADISLAO, *atónito.*

Ella tambien!..

ALEJANDRA.

Y donde ha sido?

LADISLAO, *impaciente.*

Quereis que os recuerde aun aquel p
bellon todo cerrado con cristales, e
medio del jardin?

ALEJANDRA.

Ay Dios mio!... no habia una lámp
ra de alabastro?

LADISLAO.

Precisamente.

ALEJANDRA.

Una esclava griega.

LADISLAO.

Eso es.

ALEJANDRA.

Quien por seña y contraseña dijo
vuestros conductores *Armida y Reinald*

LADISLAO.

Eso mismo.

ALEJANDRA.

Y luego, al cabo de un corredor
mármol os llevó...

LADISLAO.

Ya lo veis? decid que no sois vos?..

ALEJANDRA, *da un grito con viveza.*

Ah! ya no hay duda!.. y ahora q

me acuerdo, eso ha de ser por fuerza. (*Aparte*) El billete para el baile, que me dieron el encargo de enviarle... la cólera de Potemkin...la órden de Betutchef.. todo está claro... (*En alta voz, acercándose á Ladislao*) Ah! primo mio! qué dicha para nosotros! (*gesto de Ladislao*) Pero, silencio!... en ello nos va la vida.

LADISLAO, *atónito.*

Pero; porqué?

ALEJANDRA.

Mi marido!

LADISLAO.

Teneis razon... que no sospeche nada.

ESCENA VI.

RIELOF, ALEJANDRA, LADISLAO.

ALEJANDRA, *á Rielof.*

Venid, señor marido, venid pronto.

RIELOF.

Hola! pues qué hay de nuevo?

ALEJANDRA.

Es una friolera!... en primer lugar La-

dislao, nuestro pariente, nuestro ami
á quien á toda costa es preciso salvar

RIELOF.

Como salvar?

ALEJANDRA.

Sí; y no vacilarás en hacerlo, cua
sepas lo que ha sucedido.

LADISLAO, *acercándose á ella y diciéndola*
señas que calle.

Habeis perdido la cabeza?

ALEJANDRA.

Y si quereis saberlo.. (*Habla á Ri*
al oido)

LADISLAO, *estupefacto.*

Como! será capaz de decírselo?..

RIELOF, *con alegría.*

Será posible?... Eso es otra cosa. (*Q*
tase el sombrero con respeto). Mi quer
primo...

ALEJANDRA.

Silencio!... es un misterio para tod
y hasta para él.

RIELOF.

Entiendo... (*mirando á Ladislao*).

o no será malo que me ponga bien con
l... Disponed de mí, primo.

LADISLAO, *con impaciencia.*

Muchas gracias.

ALEJANDRA.

Aceptad su ofrecimiento... solo se tra-
a de salir de este palacio... (*A Rielof*).
Está ahí vuestro coche?... vuestros cria-
os?...

RIELOF.

El mugik está abajo en el pórtico...

ALEJANDRA.

Que tome Ladislao su bonete y capo-
llo, que os siga con aparente descuido,
ue atraviese con vos el patio del pala-
o, y una vez fuera de la última puerta,
ueda á mi cargo el ponerle á salvo de
cólera de Potemkin.

DISLAO, *colocándose entre Rielof y Alejan-*
dra, á Rielof.

Pero qué significan?..

RIELOF.

Chit!

LADISLAO, *á Alejandra.*

Pero prima, decidme á lo menos...

ALEJANDRA.

Chit!

LADISLAO.

Ya me va cansando tanta farsa!..des
de ayer que no oigo mas que chit! chit
(*Vase hácia el foro*)

ALEJANDRA, *acercándose á Rielof.*

Voy corriendo al cuarto de la Empera
triz... (*Baja la voz*) No hableis ni un
palabra con él... de vuestro silencio de
pende el resultado.

RIELOF.

Soy mudo.

ESCENA VII.

RIELOF, LADISLAO.

LADISLAO, *aparte mientras Rielof acompaña
Alejandra.*

Esto es demasiado!... Quien ha vist
nunca que el marido ponga en salvo
amante de su muger!... Por muy ad
lantada que esté en Rusia la civilizacio
jamás hubiera presumido que llegase
tal punto.

RIELOF, *volviendo donde está Ladislao.*

Con qué, amigo mio, nos vamos?

ADISLAO, *volviéndose á sentar en el sillon.*

Por ahora no.

RIELOF.

Mirad que el tiempo pasa; y si Potem- os coge, si os envia á la Siberia an- que podais reclamar, estais perdido y nada serviréis á vuestra familia, que edará comprometida y desconsolada.

LADISLAO, *con impaciencia.*

Desconsolada!... Gracias por la li- ja.

RIELOF.

o, mi querido primo, he prometido i muger que os salvaria, y os salvaré.

LADISLAO, *levantándose.*

ues señor, no... no consiento en de- os este favor; porque si á vos no os orta, á mí sí... Tengo todavía un lo de probidad, absurda tal vez, pero no me permite aceptar vuestros ge- osos ofrecimientos.

RIELOF.

Pero porqué ?

LADISLAO.

Y me lo preguntais ?... No os ha c
tado mi prima todo lo que hay ?

RIELOF.

Seguro ! como que todo me lo diee

LADISLAO, *con impaciencia.*

Pues entonces... y aunque no hay n
que pueda ofenderos, esa cita, esa
trevista con ella...

RIELOF.

Con ella !... Nada de eso... es un er
muy craso... Atreverse á sospechar de
muger ! Poco á poco, jóven inesperto

LADISLAO, *con viveza.*

Pues con quien !

RIELOF.

Con quien ?... Teneis razon... vo
ignorais, y yo no puedo decirlo... p
bien cierto es que no era mi que
Alejandra.

LADISLAO.

Estais seguro ?

RIELOF.

Como si lo estoy!... Hemos pasado
la la noche juntos en nuestro palacio,
donde, por miedo á los ladrones, nos
rdaba media compañía de coraceros.

LADISLAO, *con alegría.*

Con que no es ella!... cuanto me ale-
!... Permitid que os dé un abrazo
que os aseguro que estoy loco de con-
to.

RIELOF.

Pues yo no lo estoy menos.

LADISLAO.

Esa noticia me ha devuelto todas mis
iguas ideas, mis ideas de felicidad...
ora ya empiezo á comprender... á adi-
ar...

RIELOF, *riendo.*

Con qué ya empezais á abrir los ojos?..
picarillo!

LADISLAO.

Ciertamente... ya conozco que han te-
o desconfianza de mí... y veo que
i querido atraer sobre otra las sospe-

chas que empiezan á ser una realida
porque ahora ya estoy en vuestro cas
ya sé quien es.

RIOLOF, *con viveza.*

Silencio... no olvideis que nada he
cho... que no he descubierto ningun
creto... y... dudais ahora en salir
aquí?

LADISLAO.

Cierto que no!... Ahora compren
porque Potemkin está enfadado con
go... porque me manda prender y qui
enviarme á Siberia (*Aparte*). Queria c
tigar mi entrevista con su sobrina..
ella... ah! la escribiré... (*En alta vo*
Vamos, primo mio.... Voy á tomar
capotillo y bonete de vuestro criado
salgo con vos de este palacio... Con q
venís?... Ah! qué feliz soy !... ella er

(Vase por el foro.)

RIELOF.

Por fin salimos del empeño, y har
trabajo me ha costado! (*Hace que se va*

ué veo! todo se perdió... Es Potem-
n!... Toma!... Y Ladislao le abraza,
habla, vuelve á abrazarle!... y se se-
ran como dos buenos amigos... si ten-
é cataratas..! Qué demonios quiere de-
esto!

ESCENA VIII.

TEMKIN POR LA PUERTA DEL FORO CON DOS OFICIALES, RIELOF, HACIA EL PROSCENIO.

POTEMKIN, *al primer oficial.*

Prended á ese jóven que acaba de sa-
Le encontraréis en el pórtico con la
rea del señor Baron.

(Vase el oficial.)

RIELOF.

Yo, monseñor! Quien os ha dicho?..

POTEMKIN.

El mismo Ladislao me ha confiado sus
yectos de fuga, y el generoso apoyo
para ella le prestabais.

RIELOF, *aparte.*

Vamos, mi primo perdió la cabeza!..

POTEMKIN, *á Rielof.*

Luego ajustarémos cuentas, señor Ba
ron, y cumpliré con vos y con vuestr
esposa.

RIELOF.

Estamos frescos!.. pronto me enco
trarán helado en la Siberia!

POTEMKIN *al segundo oficial.*

Vos, conducid á Ladislao Radzinski
la capilla de palacio... Haced venir á u
eclesiástico, y dentro de un cuarto d
hora...

ESCENA IX.

LOS MISMOS LA CONDESA.

LA CONDESA *que ha oido las últimas palabra*

Ay Dios!

POTEMKIN *al oficial.*

Lo habeis entendido... id.

(Vase el oficial.)

LA CONDESA *á Potemkin.*

A quien habeis condenado?

RIELOF.

Al pobre Ladislao!.. al tonto de mi
rimo!

LA CONDESA, *dando un grito.*

Ah!.. no puede ser... no es culpable!

POTEMKIN.

Y vos, qué sabeis?

LA CONDESA, *juntando las manos.*

Yo os juro...

POTEMKIN.

Quien os ha llamado?.. qué os impor-
eso?

LA CONDESA, *turbada.*

Vengo para... (*mirando el papel que*
va en el cinturon). ah! esta carta... de
Emperatriz... es para vos; la baronesa
aba de enviarla.

POTEMKIN, *colérico.*

La baronesa de Rielof!...

RIELOF.

Mi muger!...

TEMKIN, *cogiendo furioso la carta, la abre y*
lee para sí muy agitado.

Maldicion!.. He aquí lo que yo temia!..
spéndase al instante lo que mandé.

RIELOF, *alegre.*

Mi muger se ha portado!.. mi prin
gana la partida, y algo nos tocará.

ESCENA X.

LA CONDESA ALGO SEPARADA, POTEMK
SENTADO EN EL SILLON, MUY AGITADO.

LA CONDESA, *acercándosele despues de un*
mento de silencio.

Querido tio! qué teneis?

POTEMKIN.

Déjame... huye... Quiero estar solo
Ay del que se acerque!

LA CONDESA.

Tiene razon... dejemos pasar el n
blado (*Da algunos pasos*).

POTEMKIN, *sentado.*

Ya lo sabia yo!.. ese billete para
baile que le envió la baronesa... Sí, f
de órden superior... y esa entrevista
esa cita misteriosa!.. Ya recelaba yo
ahora no son recelos...! Le nombra g
bernador de palacio, y yo mismo de

resentarle como tal al desayuno de la
mperatriz... acaso se le espere con im-
aciencia... será para toda la corte un
vorito declarado... Ya es imposible
ejarle, desterrarle, perderle sin que se
pa... Me pedirian cuenta!.. me perde-
a !.. Y ese Rielof, y su muger... y todo
partido ya triunfante!.. y esos corte-
nos que me detestan!.. caido, derri-
do por un tronera, por un insensato,
e ni siquiera conoce su ventura!... un
o que á cada instante venia á contar-
mil proyectos que no he podido des-
certar! (*Levantándose con furor*). No,
lo sufro; y sea lo que fuere su perdi-
n precederá á la mia.

LA CONDESA, *acercándose.*

Cielos!

POTEMKIN.

Todavía aquí!

LA CONDESA.

Hablais de vuestra perdicion...

POTEMKIN.

Sí; ya no tiene remedio. (*una pausa, y luego dice con calma*). O mas bien (*mirando á la condesa*) me asusta un obstáculo que de un soplo puedo derribar... vamos, vamos... tranquilicémonos... peores juegos he ganado, y este aun no está perdido (*Vuelve á sentarse, y mira á la condesa con semblante risueño*).

LA CONDESA.

Ay Dios mio! ahora se sonrie.

POTEMKIN, *tendiendo la mano á la condesa.*

Acércate, Paulowna.

LA CONDESA, *aparte.*

El tártaro huyó.

POTEMKIN.

Me has temido?

LA CONDESA.

Como digisteis que vuestra perdicion era segura... que nada podia salvaros...

POTEMKIN.

Solo una persona, y esa eres tú.

LA CONDESA.

Yo! hablad, qué puedo hacer?

POTEMKIN.

Eres capaz de un gran sacrificio por
ní?

LA CONDESA.

Participaré de vuestros peligros, os se-
uiré en el destierro.

POTEMKIN.

No basta.

LA CONDESA, *temblando.*

Pues entonces...

ESCENA XI.

DICHOS Y UN OFICIAL.

POTEMKIN, *con viveza al oficial.*

Qué quereis? qué hay?

EL OFICIAL.

Una carta que el preso acaba de es-
ibir, y que ante todo he creido con-
niente entregaros... Va dirigida á un
tendente general llamado Gregorief, á
ien no conocemos.

POTEMKIN.

Yo le conozco (*Abre la carta, mira el*

segundo sobre, y dice al oficial). Dadla á la Condesa.

(El oficial entrega la carta á la Condesa, y á una señal de Potemkin saluda y vase. Potemkin, que está junto á la mesa de la derecha escribe, mientras que la Condesa lee.)

LA CONDESA, *lee.*

« Para entregar á la Condesa Branis-ka.—Me han dicho que iba á morir, y o aseguro que no pienso en ello... solo pienso en vos, en vos muger divina Acaban de suspender la sentencia, y e una gran dicha para mí porque puedo escribiros y manifestaros que todo lo sé.. Erais vos, señora, erais vos" Todavía está en lo mismo!..... es una idea fija «No me compadezcais... amado por vos muero el mas dichoso de los hombres, y no me cambiaria por el mismo Potemkin. Ladislao. *Posdata.* »

POTEMKIN, *sin dejar de escribir.*

Hola! con qué hay una posdata!

LA CONDESA, *enjugándose las lágrimas.*

Sí, tio! (*acabando de leer*) "Consolad

á ese pobre Gregorief, que os entregará esta carta y estará desesperado.» Qué significa esto?

POTEMKIN, *con frialdad.*

Que está abajo en la capilla de palacio... á su lado hay un sacerdote... Iglou, mi capellan, para asistirle en sus últimos momentos.

LA CONDESA.

Dios mio! con qué va á morir!

POTEMKIN.

Sí... quiero vengarte... y si caigo, no será testigo de ello: lo he jurado.

LA CONDESA, *con timidez.*

Y si triunfais de vuestros enemigos... si conservais vuestro poder?..

POTEMKIN.

Ya te he dicho que dependia de tí.

LA CONDESA, *temblando.*

Y yo os he respondido que á todo estaba pronta (*con viveza*). Por vos... por vos solo... y por muy terrible que sea...

POTEMKIN.

Bien!

LA CONDESA.

Que debo hacer?

POTEMKIN, *tomando el papel que acaba de escribir.*

Llevar esta órden á Iglou mi capellan, y cuando la haya leido, piensa en tu promesa.

LA CONDESA, *temblando.*

Sí señor.

POTEMKIN.

Piénsalo bien.

LA CONDESA.

Sí señor.

POTEMKIN.

Date prisa, porque vienen... ya no seria tiempo...

LA CONDESA, *con precipitacion por la puerta de la izquierda.*

Ah! voy corriendo!

ESCENA XII.

POTEMKIN Y LUEGO RIELOF.

POTEMKIN, *aparte.*

Vamos!... valor!... (*viendo salir á Rielof*) Cielos!.. Rielof de vuelta...

RIELOF, *aparte.*

Quiero ser el primero en gozarme en u despecho y en su furor.

POTEMKIN, *algo conmovido.*

Ya estais de vuelta, Baron? Qué noicias traeis?

RIELOF, *burlándose.*

Una sola, que ocupa á toda la corte!.. o no sé en que consiste que nuestra soerana acaba de dar á mi muger el título e Condesa...

POTEMKIN.

Ah!

RIELOF.

De consiguiente, ya soy conde... Adeás... cosa rara! Ladislao Radzinski rebe de la Emperatriz un territorio en krania con diez mil vasallos.

POTEMKIN, *aparte, procurando contenerse.*

Cielos! (*mirando hácia la puerta de la quierda*) Y Paulowna no vuelve!

RIELOF.

Aun hay mas... los que están bien in-

formados aseguran... pero vaya... eso n
lo creo.

POTEMKIN, *con impaciencia.*

Acabad.

RIELOF.

Que el primer ministro ya tiene suc
sor!

(Oyese la campana de la capilla. Potemkin h
ce un movimiento de alegría y se vuelve rie
do â Rielof.

POTEMKIN, *aparte.*

La campana de la capilla!.. (*A Riel*
con aire de triunfo). Un sucesor?.. de ve
ras eh?..

RIELOF, *aparte.*

Con qué frescura lo toma!

POTEMKIN, *recostándose en el sillon.*

Gracias, mi querido Baron... me equ
voqué... Conde quise decir... por la feli
noticia qne me dais.

RIELOF.

Este hombre delira... ya! la cosa no e
para menos!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, ALEJANDRA.

ALEJANDRA.

La Emperatriz os espera, y no muy contenta por la poca puntualidad con que se cumplen sus órdenes... os encargó que le presentaseis esta mañana á Ladislao Radzinski...

RIELOF, *con soberbia.*

Nuestro primo!

POTEMKIN, *sonriéndose.*

Ladislao decís?

ALEJANDRA.

Sí, á quien habeis mandado detener aquí.

RIELOF.

A quien os habeis atrevido á prender!

POTEMKIN.

Ah! ya es tarde... en este momento no puedo ya disponer de él.

ALEJANDRA, *asustada,*

Qué decís?

RIELOF, *lo mismo.*

Acaso os habeis atrevido?...

POTEMKIN.

No habeis oido una campana...

RIELOF.

Esa campana fúnebre...

ALEJANDRA.

Anunciaba su muerte?...

POTEMKIN, *sonriéndose.*

No... su casamiento.

RIELOF, *estupefacto.*

Su casamiento!

ALEJANDRA, *lo mismo.*

Su casamiento!

POTEMKIN, *señalando á Ladislao y á la Condesa que salen por la izquierda.*

Y ahora irémos todos á presentar á mi sobrino á la Emperatriz.

TODOS.

Su sobrino!

ESCENA XIV.

LADISLAO, *á la Condesa.*

Qué dice Gregorief?... amigo...

LA CONDESA, *interrumpiéndole.*

Es el príncipe Potemkin !

LADISLAO, *acercándose á Potemkin.*

De veras?... Potemkin, que ha accedido á nuestro matrimonio ?...

POTEMKIN.

De esto os admirais ?

LADISLAO.

Oh sí... porque ahora ya estoy seguro que no fué la condesa... me lo ha dicho... me lo ha jurado...

POTEMKIN.

Y no adivinais ?...

LADISLAO.

No que no !... (*bajo á Potemkin*) en esumidas cuentas, parece que era mi prima... yo no tengo la culpa (*En alta voz con viveza acercándose á Rielof*); y estad

Ademas del presente drama se hallan en la librería de Oliva los siguientes, todos de este mismo tamaño y linda impresion: — El colegio de Tonnington ó la Educanda, drama en 6 actos, por Victor Ducange, autor de los treinta años ó la vida de un jugador. — La Heredera, pieza en un acto, original del célebre Scribe y G. Delangue. — Napoleon lo manda, en 2 actos.